

# LOS DÍAS DEL CÁUCASO

## Banine

Siruela Nuevos Tiempos



Banine

## Los días del Cáucaso

Traducción del francés de  
Regina López Muñoz

 Siruela  
Nuevos Tiempos



Edición en formato digital: junio de 2020

Título original: *Jours caucasiens*

En cubierta: ilustración de Hi Story / Alamy Stock Photo

Diseño gráfico: Ediciones Siruela

© The Estate of Banine, arranged c/o Pushkin Press Ltd, London 2020

© De la traducción, Regina López Muñoz

© Ediciones Siruela, S. A., 2020

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.  
c/ Almagro 25, ppal. dcha.  
[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

ISBN: 978-84-18245-75-6

Conversión a formato digital: María Belloso

# **PRIMERA PARTE**

# I

A diferencia de ciertas personas dignas, nacidas en familias pobres, pero que eran familias «bien», yo nací en el seno de una familia que no era para nada una familia «bien», pero sí era muy rica. Tanto que resultaría escandaloso de no ser por el hecho deplorable, pero justo, de que dejó de serlo hace ya muchos años. «Y ¿por qué su familia no era una familia “bien”?»», me preguntarán quizá con amabilidad, comentario este que implicaría cierto interés hacia mi persona. Pues bien, porque, por un lado, mi familia solo es capaz de remontarse en su estirpe hasta mi bisabuelo, que respondía al bonito nombre de Asadulá, que significa «amado por Alá»; un nombre predestinado porque, campesino de nacimiento, mi antepasado murió millonario gracias al petróleo que brotó de su campo sembrado de piedras entre las que pastaba —no se sabe qué— su rebaño de ovejas. Y también porque mi familia contaba con miembros turbios en extremo, en cuyas actividades sería preferible no extenderse. Si a lo largo de este relato me animo, tal vez hable más en detalle de ellos, y de cosas que me interesan como autora, pero repruebo como depositaria de un ínfimo remanente de orgullo familiar.

Como decía, vine a nacer en una familia extraña, exótica y riquísima, un día invernal de un año movido, plagado, como tantos otros calificados de históricos, de huelgas, pogromos, masacres y diversas manifestaciones de la

genialidad humana, tan particularmente imaginativa en lo tocante a perturbaciones sociales<sup>1</sup>. La mayor parte de la población de Bakú, compuesta de armenios y azerbaiyanos, estaba ocupada de forma activa en masacrarse. Aquel año, los armenios, mejor organizados, exterminaban a los azerbaiyanos para vengarse de antiguas matanzas; los azerbaiyanos, por su parte, a falta de algo mejor, hacían acopio de motivos para matanzas futuras. Y todos contentos, salvo aquellos —por desgracia numerosos— que fallecían en el transcurso de los acontecimientos.

Nadie me habría creído capaz de participar en la obra de destrucción; y, sin embargo, así fue, ya que maté a mi madre cuando vine al mundo. Para huir de las matanzas, ella fue, para dar a luz, a un suburbio petrolífero donde creía que hallaría tranquilidad. Pero por aquel entonces todo estaba tan patas arriba que acabó pariéndome en las peores condiciones posibles y contrajo la fiebre puerperal. Un violento temporal dejó la casa aislada de todo auxilio exterior, lo que vino a sumarse al caos en el que ya estábamos sumidos. Mi madre, privada de los complejos cuidados que requería su estado de salud, luchó en vano contra la enfermedad. Murió en pleno dominio de sus facultades, lamentando abandonar tan joven esta vida y preguntándose con angustia por la suerte que correrían los suyos.

Aunque desde un punto de vista físico yo nací en ese momento, aún tardé varios años en nacer a la vida consciente. Esta me fue revelada a través de los juguetes berlineses que me traía mi padre; percibí el mundo por vez primera a través del vientre sonoro de un gato de peluche, de la belleza rutilante de un marajá a lomos de un elefante de gamuza gris, de las reverencias de un payaso multicolor.

Todo esto percibí, y sentí, y me maravillé de ello, y así empecé a vivir.

Mis primeros años fueron de lo más felices; mi juventud, en comparación con mis tres hermanas mayores, me confería privilegios de todo tipo que yo sabía aprovechar; pero lo fueron, sobre todo, porque me crio una santa (y no exagero al emplear este término), una alemana báltica —mi institutriz, mi madre, mi ángel de la guarda— que nos entregó de manera incondicional su buena salud y su vida, y empleó con nosotras toda su paciencia; una mujer a la que dimos muchos disgustos y muy pocas alegrías; que se sacrificó siempre sin pedir nada a cambio. Era, en pocas palabras, una de esas criaturas excepcionales que saben dar sin recibir.

Fräulein Anna tenía la piel pálida y el cabello de lino; nosotras cuatro, en cambio, éramos de piel morena y pelo negro, velludas y de aspecto muy oriental. Formábamos un conjunto de lo más vistoso en las fotografías, cuando la rodeábamos, a ella, tan absolutamente nórdica, con nuestras narices aguilinas y nuestras cejas juntas. Y debo añadir que nos fotografiábamos mucho en aquella época (a pesar de la prohibición del Profeta, enemigo de las imágenes), ataviadas con nuestras mejores galas y flanqueadas por la mayor cantidad posible de parientes, todo ello con un parque pintado al fondo. Manía inofensiva cuya explicación se hallaba en la novedad del asunto para lo primitivos que éramos entonces; manía a la que debo un puñado de estampas hilarantes y enternecedoras que guardo con cariño.

Pero volvamos a Fräulein Anna. El hecho de que ella, rodeada de una familia musulmana fanática, en una ciudad todavía oriental, supiera crear y mantener un clima de *Vergissmeinnicht*, de canciones infantiles para niños rubios,

de árboles de Navidad con angelitos rosados, de pasteles cargados de crema y sentimentalismo, demuestra que tenía personalidad a pesar de su docilidad, y voluntad a pesar de su flexibilidad. Ciertamente es que en aquellos tiempos todavía no la habíamos agotado y podía defenderse mejor contra un ambiente que debía de antojársele, o serle, hostil. Su influencia se veía contrarrestada de manera constante por la de nuestra abuela paterna, que vivía en la planta baja de nuestra casa. Desde allí reinaba aquella mujer autoritaria, alta y gruesa, preferiblemente sentada en el suelo, sobre unos cojines, como buena musulmana, cubierta la cabeza con un velo, y fanática hasta el exceso. Ejecutaba sus abluciones y oraciones con un rigor infalible, y aborrecía a los cristianos con exaltación. Si resultaba que manos no musulmanas tocaban la vajilla, mi abuela se negaba a usarla y la regalaba a gentes menos orgullosas. Si un extranjero de piel blanca pasaba por su lado, ella lanzaba un escupitajo al suelo y se ponía a proferir injurias, siendo «hijo de perra» la más moderada de todas. Por consiguiente, a nosotras, criadas por una cristiana, también nos aborrecía un poco; tantas caricias, tanto contacto con manos profanas acababan impregnándonos de un sutil aroma impío, y sus besos, aunque afectuosos, solían ir acompañados de un mohín de repugnancia. En verdad, si de ella hubiera dependido, no habríamos sido confiadas a Fräulein Anna, y me puedo imaginar las penosas batallas que mi padre debió de librar para que su madre aceptara tan herética educación. Pero los rusos nos habían colonizado hacía tiempo; su influencia se colaba por todas partes, y con ella el deseo de cultura, de europeización. La gente empezaba a preferir para las nuevas generaciones la libertad al velo, y la formación al fanatismo.

Tras ponernos en las blanquísimas manos de Fräulein Anna con una confianza que nunca hubo de lamentar, mi padre se desentendió de nosotras. Viajaba constantemente, pues, en su condición de primogénito, dirigía la empresa petrolera familiar, que poseía depósitos y oficinas alrededor de todo el mar Caspio y a lo largo del Volga, había llegado (la empresa familiar) hasta Moscú en forma de pujante filial y terminaba en Varsovia. Una vez allí, en virtud de la velocidad adquirida, mi padre ya no podía parar, ya que Berlín quedaba a tiro de piedra para alguien acostumbrado a las distancias rusas; de ahí que de vez en cuando se pasara por la capital germana.

La Alemania anterior a la guerra de 1914 gozaba de un prestigio inmenso entre mis compatriotas, que acababan de descubrir la civilización: automóviles, mostachos al estilo de Guillermo II, institutrices pálidas, música, pianos... todo venía de allí. Y mi padre volvía cargado de todas esas cosas, inclusive el bigotón marcial, que en cada viaje adquiría un vigor renovado, ensanchándose y levantándose cada vez un poco más. Pues no debemos olvidar que Guillermo II se autoproclamaba protector de los turcos y el islam; de ahí su buena fama entre nosotros, primos de los turcos.

Me parece que esos años que precedieron el segundo matrimonio de mi padre debieron de ser los más felices de su vida: era joven, rico, libre, apuesto, y despertaba intereses matrimoniales y otros menos honestos. Tenía muchas aventuras, pero el casamiento no llegaba, aunque se lo recomendaba toda la familia, que aceptaba la poligamia y censuraba el celibato. Sin embargo, las candidatas que ellos le proponían no le convencían; no eran más que mediocres musulmanas, apenas instruidas, sin elegancia ni encanto, y a mi padre, que apostaba de forma

definitiva por la cultura, no le interesaba ninguna. Las otras, las que conocía al azar de sus viajes y estancias en el extranjero y que habrían podido gustarle de veras, eran, según la definición de nuestra abuela, unas «hijas de perra», o sea, cristianas, y por lo tanto difíciles de desposar. Había sólidos motivos en la familia para temer matrimonios con esa clase de mujeres, y la abuela además las odiaba por una razón extrarreligiosa: su marido la había repudiado para irse con una rusa de dudoso origen. Desde que se casara en segundas nupcias y hasta su muerte, cuando yo tenía seis años, mi abuelo vivió en Moscú, en una casa atestada de iconos, maltratado por su esposa y peleado con toda la familia por culpa de ella. ¿Fue este ejemplo de tan edificante moralidad para los fieles lo que inspiraba prudencia a mi padre y le impedía casarse con una cristiana? Fuera como fuere, la cuestión es que tardó mucho tiempo en escoger a su segunda mujer.

Nosotros ocupábamos la segunda planta de nuestra casa de la ciudad, que, limitada a ambos lados por sendas viviendas, se desquitaba desplegándose en profundidad; tanto es así que por el otro lado daba a la calle paralela, lo que le permitía contar con dos apartamentos idénticos, gemelos, que se daban la espalda; gemelos separados por un patio, pero unidos mediante pasillos simétricos que bordeaban dicho patio.

Nosotras, las niñas, vivíamos con Fräulein Anna en el apartamento orientado al sur, siempre bañado de sol; el otro, el que daba al norte, oscuro y silencioso, acogía a mi padre entre viaje y viaje. Allí se encontraban las que nos complacíamos en llamar con orgullo «salas de recepción», dicho de forma más sencilla, el comedor y el salón, donde se hallaba también el piano de cola en el que, en días festivos y cuando era menester desconcertar a alguna

institutriz demasiado orgullosa de su rebaño, Fräulein Anna mandaba ejecutar a mi hermana mayor, Leila, una pieza brillante de su repertorio. Encima de un mueble, audaz híbrido entre columna y pedestal, se erigía un negro cubierto de oro que sostenía una lámpara-antorcha o antorcha-lámpara. Solo la encendíamos en ocasiones especiales, en las que yo no me cansaba de admirarla. De hecho, fue aquella estatua el primer objeto que me transmitió la agradable sensación de la riqueza.

En circunstancias normales, casi nunca pisábamos aquel salón. Pasábamos casi todo el tiempo en la sala de estudio, grande y luminosa. Allí había otro piano, instrumento de tortura que ocupaba un lugar destacado en nuestras vidas; casi en todo momento alguna de las cuatro lo aporreaba con manos infantiles, impacientes y toscas. Llovían escalas, arpeggios o, peor aún, alguna sonata de Mozart mutilada sin mala intención. Con los sonidos ingratos de aquella música reíamos, llorábamos, nos rebelábamos y madurábamos, demasiado rápido, a juicio de Fräulein Anna, quien, desviviéndose por combatir la herencia, luchando contra el ambiente y sin miedo a batallar contra la naturaleza, trataba de transmitirnos su espíritu de muchacha alemana cándida y sentimental. Esperaba vernos convertidas en unas Gretchen de contornos delicados y suspiro fácil. Pero nuestros antepasados velaban por nosotras; y, guiadas por ellos, nuestras caderas se ensanchaban, nuestras narices se alargaban, nuestros pechos se hinchaban bajo las blusas marineras que llevábamos, siguiendo los códigos indumentarios de las «niñas bien»; y la pelusilla, leve al principio, fue transformándose en pelos recios que nos cubrían el bigote con una negra sombra. ¿Qué podía hacer la pobre Fräulein Anna, aparte de constatar sin más el avance ineluctable del desarrollo? Todo fue más o menos

bien mientras dicho desarrollo solo se manifestó mediante el crecimiento físico de nuestros cuerpos. Pero el corazón no tardó en intervenir, y un buen día, Leila, cuando había cumplido la fatídica edad de trece años, empezó a apreciar en su justo valor los encantos de un primo de ojos chispeantes y barba incipiente. A partir del momento en que Fräulein Anna constató con pavor este hecho, perdió para siempre la serenidad. A costa de su buena salud, a fuerza de reproches y severidad, consiguió meternos un poco en cintura, pero su existencia se transformó en un martirio de suspicacias y tormentos. A medida que nos hacíamos mayores, nos volvimos odiosas y mezquinas con ella, hasta tal punto nos resultaba intolerable el freno que ponía a nuestros instintos. Estos, más violentos quizá entre orientales que entre europeas de la misma edad, podían servir de leve excusa para nuestra maldad hacia Fräulein Anna. Pero no por ello sufrió menos nuestra bondadosa institutriz.

De pequeñas la quisimos sin reservas, yo por lo menos. No creo que el amor a una madre sea muy distinto. Me parecía muy guapa. Por las mañanas, boquiabierta, la observaba cepillarse el pelo largo, liso y rubio; su piel blanca brillaba bajo la luz matinal, su mirada azul se detenía a menudo en mí con ternura; me sentía feliz. Mis tías eran morenas, al igual que mis primos, mis primas, mis hermanas, mis tíos, mis tías y yo misma, y todo y todos. Solo Fräulein Anna, llegada de otro mundo, brillaba para mí con un exotismo extraño y precioso.

Casi todo lo que mi niñez tuvo de hermoso estaba vinculado a ella, o incluso procedía de ella. Como por ejemplo la inolvidable mañana de Navidad en la que, al despertar en la penumbra, me pareció ver brillar algo muy cerca de mi cama. Al inclinarme un poco, no solo la cosa

siguió brillando, sino que además percibí un sutil perfume. Alargué la mano, algo me pinchó y comprendí: era un árbol de Navidad, el árbol de los niños cristianos que, junto con las salchichas de Fráncfort que Fräulein Anna nos compraba a escondidas, hacía de mí una renegada en ciernes. Tal vez fuera la primera vez en la historia islámica que semejante herejía resplandecía con arrogancia en el cuarto de unas niñas musulmanas. Durante años, se nos había privado de esa felicidad; pero, un buen día, mi padre flaqueó, o acaso fue la abuela, o los dos a la vez, y el árbol brilló en nuestro hogar. Fascinada, muda de admiración y de júbilo, lo rodeé, tocándolo, olisqueándolo de vez en cuando. Todo en él era hermoso: el suntuoso titilar de los hilillos plateados y las bolas multicolores; las tiernas candelitas rosas y azules; los ángeles alados, y la nieve blanca a los pies del tronco. Fue un día de felicidad absoluta; no hubo deberes de alemán con letras góticas, ni conjugaciones de verbos, ni piezas de Mozart; solo había belleza, y la fealdad desaparecía del mundo en pro de un tiempo mágico. Para rematar, Fräulein Anna prometió llevarnos al cabo de unos días al Frauenverein (la Asociación Alemana de Ciudadanas), institución honorable y piadosa donde devorábamos, en compañía de un centenar de alemanas, jóvenes y ancianas, un chucrut soberbio regado con cerveza al que, tras un espectáculo para todos los públicos, seguían salmos y cánticos en alabanza del Señor, cantos a los que las cuatro musulmanas nos uníamos con exaltación. Alternancia bien equilibrada de alimentos terrestres y espirituales que nos sumía en el mayor de los deleites. Teníamos la prudencia de no decir nada en casa, dado que el Profeta prohibía tales manifestaciones. La honrada Fräulein Anna hacía trampas; a la pobre le faltaba valor para privarnos de esos placeres que juzgaba

inocentes, y con razón. Pero, si bien no tenía arrestos para negarnos las alegrías externas del cristianismo, se guardaba muy mucho de influirnos a su favor de una manera más sutil. Y, sin embargo, habría resultado fácil, pues ni mi padre ni el resto de la familia, aun guardando sumo respeto por nuestra religión, hacían casi nada por transmitírnosla de una manera precisa. Nunca nadie me enseñó una sola oración, y del Corán únicamente conocía una aleya muy breve. Tan poco me habían inculcado el sentimiento religioso que los momentos que escogía para gastarle bromas a mi abuela eran sobre todo aquellos en que la mujer rezaba sentada en el suelo, con el Corán abierto y colocado encima de una silla delante de ella. Era cuando más me gustaba hacerla rabiar: le tiraba del velo o de la nariz, me ponía a saltar y a dar gritos alrededor de la silla, hacía mohines aterradores; la abuela se interrumpía para insultarme, con desidia y sin sombra de malicia, y reanudaba sus bisbiseos.

Por lo demás, las actividades religiosas solían poseer un carácter un tanto mecánico o, simplemente, mundano, como, por ejemplo, la celebración del año nuevo o del final del ramadán. Yo, en cualquier caso, las disfrutaba mucho en su condición de fuente de placeres.

El año nuevo, que se celebraba el 21 de marzo (coincidiendo con el inicio de la primavera), era una fiesta de gran rendimiento económico para los niños. Durante todo el día corríamos de casa en casa haciendo visitas «de felicitación». Primero, nos cebaban; era espantoso y delicioso a la vez. Las mesas se combaban bajo el peso de las viandas, y dependiendo de la variedad de manjares identificábamos el grado de civilización de ese hogar. En las mesas de las familias primitivas solo había chucherías locales, fuentes con frutos secos y huevos duros; en las de

las familias más evolucionadas se veían ya toda clase de platos que debían su existencia al ingenio civilizador de los rusos; los huevos pintados, marmoleados o con dibujos recordaban a las fiestas pascuales; el pavo frío era no solo un ave apta para el consumo, sino también un símbolo de progreso; el chocolate extrafino fabricado en Moscú nos traía los aires de la santa Rusia.

Como decía, nos cebaban; tras lo cual el señor o la señora de la casa —un tío, o una tía, o un abuelo, u otro pariente más o menos lejano— sacaba de una talega bendecida por Alá una moneda de oro con un perfil eslavo y, tras haberla sopesado no sin reparos, nos la regalaba, acompañándola por lo general de un beso húmedo y sonoro, en la mano. De ahí que, aunque por la noche sufriéramos una indigestión, nos sintiéramos inmensamente ricos.

Bien distinta era la fiesta del ramadán. En mi niñez siempre cayó en pleno verano (no es una fiesta fija), y por lo tanto la celebrábamos en el campo. Nosotros, los «civilizados», ya no practicábamos el ayuno, salvo en contadas ocasiones, y solo los últimos días. Lo hacíamos por propia voluntad; nadie nos obligaba a ayunar. En mi caso, lo hacía no para complacer a Alá, sino para chantajearlo: pedía deseos con la esperanza de que, conmovido por mi piedad, me los concediera todos.

No podíamos comer ni beber nada en todo el día; estaba prohibido hasta lavarse los dientes, para que ni una gota de agua viniese a alterar la sequedad del paladar. Ese día, los que fumaban debían renunciar al tabaco. Los esposos no tenían derecho a tocar a sus mujeres (durante las horas de ayuno, cabe especificar). Pero, con el primer lucero nocturno, se producía una glotona estampida general sobre la comida, y por los gatzates hambrientos empezaban a pasar cantidades extraordinarias de comida. Luego,

hacíamos la digestión. Luego, vuelta a comer. Y así sucesivamente durante toda la noche, hasta las primeras luces del alba. Los que se iban a dormir pedían que los despertaran varias veces para poder atiborrarse de la mayor cantidad posible de alimentos.

Al término del ramadán, se degollaban corderos cuyas entrañas se cocinaban al aire libre, en fuegos de leña. Llegaba el turno de las dulces orgías de casquería, los más bellos recuerdos gastronómicos de mi niñez (y, sin embargo, en las antípodas del chucrut del Frauenverein...). La grasa nos chorreaba por todas partes, nos chupábamos los dedos y debajo de las uñas para no desperdiciar ni una gota, el aire se impregnaba del olor... ¡Ah, aquellos atracones grasientos!

Me gustaba mucho también otra fiesta religiosa, la conmemoración anual de la tragedia de Kerbala, donde, en el año 680, fueron asesinados Husaín, hijo de Alí, y toda su familia. Fue el punto de partida del chiismo, enemigo del sunismo, y mi abuela jamás dejó de celebrar dicha fiesta en su casa. La sala de recepciones, que, acorde con la moda local, no contaba con más mobiliario que unas alfombras y varios cojines, se llenaba ese día de cojines suplementarios; los disponíamos a lo largo de la pared y, a continuación, según el número de invitados, en una segunda, tercera y hasta cuarta fila. Los días de mucha afluencia, el suelo quedaba por completo tapado con cojines. Una sola silla, alta y severa, para «la señora mulá», se alzaba igual que un trono, pegada a la pared, en el centro del fondo de la estancia.

Y empezaban a llegar las invitadas, envueltas en sus *chadras* (conocidos en Occidente como «chador»); las babuchas chasqueaban, las amplias faldas de seda crujían,

sus voces chillonas y el volumen de la conversación daban vértigo. Se montaba una buena escandalera.

El traje nacional, de ricos tejidos en días de fiesta, era muy elegante y de una magnitud muy oriental. La chaqueta, sobre una camisa blanca, se abría, muy escotada sobre el pecho, a una auténtica joyería ambulante: collares de perlas, de monedas de oro, cadenas de oro, medallones, broches de toda clase. A menudo, las alhajas eran de mala calidad, pero brillaban, tintineaban, brincaban, alegraban la vista, y eso bastaba para la felicidad de las damas. La prenda principal del atuendo, por así decir, era la falda, o, mejor dicho, las faldas, pues había varias capas superpuestas. Por su cantidad y amplitud podía determinarse la riqueza de quien las lucía. «Enséñame los refajos y te diré quién eres».

La conmemoración de la muerte de Husaín era un día de luto; por este motivo se optaba por lucir prendas oscuras, y las joyas no adornaban unos pechos en principio oprimidos por pensamientos tristes. Las mujeres llegaban, los cojines desaparecían bajo la cascada de faldas. Sin embargo, el parloteo y los gritos solo cesaban cuando la señora mulá, instalada en su trono, empezaba a leer el Corán. Al poco, abandonaba la lectura y se ponía a hacer comentarios en azerí sobre el trágico tema de la muerte de Husaín.

Al principio todo iba bien: las mujeres escuchaban en silencio. Pero, poco después, alguna se echaba a llorar, y luego otra, y luego otra más, hasta que la sala entera se entregaba al llanto. Se oían suspiros terribles, sollozos, gemidos, gritos de «Ya Alá», y la desesperación se volvía más amarga y la pena insostenible, y la situación no parecía tener fin. Hasta que, de repente, la voz de la mulá se callaba y de manera igual de repentina, sin transiciones, con los ojos aún llenos de lágrimas, las mujeres se ponían a

chismorrear. Las niñas, provistas de frascos de cristal, circulábamos entre los cojines y humedecíamos con agua de rosas las palmas extendidas hacia nosotras: las mujeres se refrescaban la cara, se enjugaban los ojos. Era el entreacto. Después, la lectura y los comentarios se reanudaban, y con ellos todo el catálogo de la desesperación, dominada en el momento oportuno para marcharse en el momento convenido. ¿Cómo lograba la concurrencia llorar a voluntad? Lo ignoro. En aquellas reuniones, así como en los entierros, nunca faltaban las plañideras profesionales, una especie de preparadoras para el sufrimiento. Ellas eran las primeras que se echaban a llorar; ayudadas por la elocuencia de la señora mulá, se producía el contagio, y las otras mujeres no tardaban en imitarlas. En definitiva, aquellas instructoras tan especiales velaban por fomentar el talante emotivo que requerían las reuniones. En verdad, el sufrimiento no era del todo sincero, lo que tal vez explique aquellos cambios de humor tan desconcertantes.

En cualquier caso, mis hermanas y yo éramos más sensibles a la faceta divertida de esos bruscos cambios de humor que al dudoso encanto de la melancolía. Y nos divertíamos de todo corazón, sobre todo porque una anciana tía abuela, auténtica artista del dolor, suponía una fuente inagotable de alegrías para nosotras. Todo en ella nos cautivaba: sus gestos, sus hipidos impúdicamente exagerados, sus cambios de humor, su hipocresía, en definitiva. Cuando exhalaba suspiros como ráfagas de viento en otoño, o fingía rasgarse las vestiduras — cuidándose de hacerlo en realidad—, sin dejar de recorrer la habitación con ojillos maliciosos para comprobar el efecto que producían sus arrebatos, nosotras nos ahogábamos bajo los velos, reprimiendo las carcajadas.

Aquellos velos que nos cubrían la cabeza y que eran obligatorios en esas reuniones nos mantenían a salvo de toda sospecha; para las mujeres, las sacudidas de hombros que nos provocaba la risa las producía el noble llanto. Impías como éramos, nunca desaprovechábamos la ocasión de simular una devoción que nos valía la tierna indulgencia y el aplauso de nuestra abuela. De modo que, cuando Fräulein Anna bajaba para obligarnos a reincorporarnos a nuestro domicilio y nuestras camas, se topaba con el severo rechazo de toda la familia, sobre todo de la abuela. Con frecuencia regresaba sin nosotras, que reíamos para nuestros adentros —o, mejor dicho, para nuestros velos—, y esos días nos acostábamos a horas deliciosamente tardías.

De niña, quería mucho a mi abuela; las cosas que más tarde nos separarían aún carecían de importancia para mí. Cuando dichas cosas adquirieron importancia, me distancié de ella; se me antojaba una criatura de otro mundo, y en realidad pertenecía a otro mundo. ¿Los lazos de sangre? Debo confesar que jamás los he sentido, por nadie. ¿Serán una optimista invención de la humanidad, o seré yo un monstruo? La observación imparcial parece demostrar que, en las familias donde hay intereses divergentes, el odio entre parientes es constante y generalizado; allá donde los intereses no dividen, existe en ocasiones el afecto. Pero, las más de las veces, no hay sino indiferencia atravesada de vez en cuando por un sentimiento de deber hacia el clan y que, con imaginación, podríamos interpretar como amor. A decir verdad, veo la indiferencia como el régimen natural entre los miembros de una familia. Cuando una piensa en la cantidad de personas que es menester conocer para encontrar un puñado de amigos, el hecho de hallar afinidades en ese grupo tan limitado que es la parentela resulta, cuando menos, sorprendente.

Las diferencias entre nosotras y la abuela no hacían más que agudizarse. Entre ella, cuya vida era una prolongación de las de las primeras musulmanas de la hégira, y nosotras, existía un desfase no de varias décadas, sino de catorce siglos. De Rusia, «la fuerza civilizadora», no quería oír ni hablar, y no conocía siquiera la lengua, dado que, en su juventud, no era obligatorio aprenderla. En el ruso solo veía al colonizador, al perturbador de un estilo de vida secular, al hombre de otra raza y otra religión —al infiel, en una palabra— que odiaba con un matiz de desprecio. Y es comprensible su odio: la vida que ella amaba se desintegraba poco a poco a su alrededor; su esposo la había repudiado por una rusa; sus hijas, criadas por ella para una vida idéntica a la suya, rechazaron el velo nada más casarse, empezaron a vestir a la europea, y se pusieron a chapurrear una sorprendente mezcla de ruso y azerí. Aunque la inocente iniciación de sus hijas a la civilización no había ido más allá, para la abuela fue demasiado, y motivo de desolación. Con sus hijos varones, las cosas fueron peor aún; tras un breve paso por un liceo ruso, donde su padre los había metido, pero sobre todo tras un par de viajes que también él los obligó a hacer, los chicos empezaron a renegar de las fastidiosas imposiciones de la religión, de las que solo conservaron las menos restrictivas. Sin duda, el descubrimiento de los yacimientos de petróleo en Bakú aceleró la rápida emancipación de los musulmanes del Cáucaso: la repentina fortuna ponía en sus manos unos recursos descomunales que les permitían gozar de todos los placeres de la civilización y anulaba el gusto de sus antepasados por una vida austera y sencilla.

No obstante, si la abuela quería observar las consecuencias de todos esos cambios, solo tenía que fijarse en nosotras, sus nietas. A sus hijos los había criado ella misma; hasta la edad adulta habían vivido más o menos a la manera islámica, lo que les había dejado un fuerte resabio. Nosotras, sin embargo, educadas en un ambiente del todo ajeno al de ella, simbolizábamos el repudio del pasado. Por ejemplo, casi no hablábamos azerí. Cierto es que, aunque a menudo nos fallaba el vocabulario más común, nuestro repertorio de insultos era, en cambio, de una riqueza admirable, gracias a ella. La recuerdo sobre todo maldiciendo, despotricando, fulminando. Algunas veces era mera pose; en esos casos, la abuela insultaba con desgana, sin entusiasmo, solo por mantener su prestigio. Otras veces, su cólera era genuina y sus imprecaciones resonaban, volaban, llenaban toda la casa.

Su inmenso tamaño, tanto a lo largo como a lo ancho, limitaba su libertad de movimientos, lo que alimentaba el halo majestuoso. La costumbre, ya antigua, de dirigir todo un mundo de niños y sirvientas, sumada a esa corpulencia del todo extravagante, le confería un aire de grandeza que jamás perdía, ni siquiera cuando un torrente de injurias vulgares escapaba de su boca. Así pues, había en ella una curiosa mezcla de altanería y vulgaridad...

Mi relación con ella, aunque buena en el fondo, estaba exenta de formas y se ahogaba en un mar de insultos y palabrotas. Yo me desvivía por hacerla rabiar de mil maneras o por mendigarle cualquier cosa, y ella encajaba mejor las burlas que las peticiones materiales, pues su tacañería dejaba boquiabierto al más avaro.

Bajábamos a verla casi a diario; ella, en cambio, casi nunca venía a nuestra casa. Cuando se decidía, subía la

escalera pasito a pasito, haciendo largas pausas cada dos o tres peldaños. Agarrada al pasamanos, resoplaba y jadeaba; daba pena verla. Llegaba derrengada, se dejaba caer con dificultad en la butaca más ancha, posaba sobre las rodillas sus manos regordetas, con las palmas y los dedos pintados con henna, y nos observaba vivir. Nos veía ocupadas en asuntos cuya utilidad o placer se le escapaban, nos escuchaba hablar una lengua bárbara que no entendía, pero no con envidia; más bien le inspirábamos compasión. Sin llegar a analizar del todo sus impresiones, debía de tener la sensación de que tanto su vida como la de sus semejantes, primitiva, reducida a un estrecho círculo, otorgaba menos margen a las decepciones, mientras que la nuestra, rica en posibilidades, era también, precisamente por ello, rica en posibles escollos. Y tenía razón: a menudo, la libertad se paga muy cara.

Las mujeres con velo no parecían infelices por regla general. Raras veces he conocido tanta alegría, tantas risas, tantos bailes, tantos chistes (a menudo, de mal gusto) como en sus casas. Su vida era sencilla, y sus deseos, también. En cuanto a la tan criticada poligamia, no pesaba a la musulmana, para quien el esposo no era su enamorado ni su compañero, sino el hombre que le hacía los hijos. Lo veía poco, y las otras esposas compartían con ella chismorreos, tareas domésticas y el cuidado de los hijos. Relataré un caso muy divertido que se dio en nuestra propia familia.

El hermano de mi abuela tenía unos sesenta años y solo una esposa, estéril por añadidura. La mujer se moría de aburrimiento en su solitario hogar, sin más esposas y sin niños. Un día, decidió que ya no aguantaba más y que su marido tenía que hacer otro casamiento.

Cierta mañana en que mi abuela me teñía el pelo con henna, vimos llegar a Begum, que se puso a airear sus agravios, toda desgredada y furiosa:

—Le he dicho a Abbas: «Mira, Abbas, tienes que buscarte otra esposa». Y ¿sabéis lo que me ha contestado?! ¡Que no le apetece! Lo habría matado. «¿Cómo que no te apetece?». «Pues que no me apetece. Con una ya tengo bastante. De sobra». Y yo le digo: «¡Pero bueno! El Profeta (paz y bendiciones de Alá sean con él) tuvo varias esposas, ¿y tú no eres capaz de tener dos?». «El Profeta no obliga a tener más de una esposa», me dice él, todo orgulloso de su hallazgo. Y yo: «Sí, pero yo te obligo a que tengas al menos dos. Primero, para que tengas descendencia. Y luego porque estoy harta de vivir siempre sola. ¿Tú te crees que a mí me gusta tener que ir de casa en casa buscando compañía? Soy la única de todas mis amigas condenada a la soledad y al aburrimiento. Quiero que te cases, Abbas». Y él tira de lástima. «Ya sabes que empiezan a flaquearme las fuerzas...». «No te faltarán para la noche de bodas y para hacer un hijo». Y entonces se ha enfadado: «Déjame en paz, mujer insoportable. Tengo sesenta años y soy el señor de mi casa. No quiero casarme». Y se ha puesto a insultarme. Y yo le he gritado: «¡Te vas a casar, te vas a casar!». Y él: «¡Jamás!». «¡Hombre sin corazón, eunuco, guiñapo! No eres capaz de tener dos esposas y te haces llamar macho». Le he dicho cuatro cosas, y Abbas se ha ido dándose muchos aires. Quería hacerse el orgulloso. Pero conmigo eso no funciona. ¿Y ahora...?

Begum estaba a punto de echarse a llorar.

—¿Qué hago? —le preguntó a la abuela.

Esta, majestuosa, seguía poniéndome hojas de nogal en la cabeza, recubierta de una gruesa capa de henna. Y dijo:

—Busca a una muchacha de tu agrado. Cuando la encuentres, ven, que ya se me ocurrirá la manera de obligar a Abbas a tomar su mano. ¡Será terco, y obstinado, y loco! A lo mejor pretende imitar a los rusos (que la lepra se los coma). ¡Sin hijos y con una sola esposa! ¡Qué bonito está eso! Ve a buscarte una compañera, y ya veremos luego. Ah, mira, ¿sabes Asslan, el jorobado cuya hermana se casó con mi primo Mohamed? Pues ese tiene una hija que está en edad. Es guapa y dicen que muy dulce; ve a verla, yo creo que te parecerá adecuada. Será una compañera dócil.

Begum siguió el consejo, y la chica le gustó. Abbas fue convocado por la abuela. Al principio se negó categóricamente a dejarse casar. Hubo largas conversaciones, súplicas y discusiones que dieron paso a escenas, muchas escenas, una cantidad inmensa de escenas, hasta que, por fin, al límite de la resistencia, el pobre hombre no tuvo más remedio que ceder. No llegó a engendrar hijos, pero su Begum tuvo una compañera y dejó de consumirse de aburrimiento en una casa vacía.

De modo que, a veces, la poligamia tenía su lado bueno.

En el campo, donde pasábamos la mitad del año, yo tenía ocasión de observar de cerca y a diario la vida islámica de otros tiempos. Mientras la población de Bakú componía una rica mezcla de rusos, armenios, georgianos y algunos europeos, en el campo se practicaba la pureza.

Yo amaba sin reservas aquel campo bendecido por los dioses. Allí, los deberes disminuían, la libertad aumentaba, el buen tiempo favorecía los juegos al aire libre e introducía variedad en los placeres; pero, sobre todo, vivíamos con nuestros primos, criaturas extraordinarias de las que hablaré largo y tendido más adelante.

Así, con la llegada de la primavera, me devoraba la impaciencia por abandonar una vida urbana que me repugnaba. Ya en mayo Bakú se transformaba en una ciudad calurosa, polvorienta e insoportable. Los preparativos de la partida requerían un tiempo infinito, pues nuestra vida campestre se prolongaba seis meses.

Por aquel entonces todavía no habíamos descubierto los automóviles, y el viaje se hacía en tren hasta la mitad del camino y luego en carruaje. Una soleada mañana de mayo, un raquítrico trenecito nos llevaba hacia los lugares con los que soñaba durante todo el invierno. Como aquella tartana era el único tren que yo conocía de toda la inmensa red ferroviaria universal, a mí me parecía imponente y hermoso. Al ponerse en marcha, emitía un silbido experto y echaba a rodar con aire majestuoso a través de campos pedregosos; se detenía con habilidad donde había que parar y llegaba con un retraso normal al final de la línea, una estación donde volaban las moscas y el polvo. Nos encontrábamos en el corazón del distrito petrolero, rodeados de torres de perforación y cisternas, envueltos en un olor a petróleo que me encantaba. Olfateaba el aire con voluptuosidad. Nacida en uno de esos distritos, yo era una auténtica hija del petróleo, y su aroma hacía las delicias de mis fosas nasales.

A la salida de la pequeña estación nos aguardaban dos carruajes, resplandecientes de barniz bajo el sol y conducidos por sendos cocheros de nombres simétricos, Zeinal y Zeini. Los dos se deshacían en *salams*; Zeinal y Zeini nos evaluaban con su mirada de viejos padres de familia y elogiaban lo mucho que habíamos crecido desde el otoño anterior. Luego, nos instalaban con la mayor comodidad posible junto con nuestro equipaje de mano, y emprendíamos el camino a gran velocidad, mientras el

sonido de nuestro galope reverberaba en las tapias que rodeaban las explotaciones petroleras. Zeinal y Zeini hacían restallar tanto el látigo como sus lenguas, y poco después descendíamos una pendiente rocosa que conducía a unos campos desérticos. Enseguida nos poníamos a suspirar «qué calor», «qué polvareda», y así durante dos horas en las que traqueteábamos sin medida por una carretera llena de baches y bultos. Al cabo de esas dos horas, todo cambiaba; bueno, todo no, porque la carretera era la misma —una obra maestra de la incomodidad—, pero lo que sí cambiaba eran las vistas. Del horizonte empezaba a remontar un mar de verdor, un mar susurrante, fragante, un mar milagroso visto desde el desierto por el que galopábamos aún. Aquel mar estaba encerrado tras las altas murallas que rodeaban todas las fincas: más allá de aquellos recintos continuaba el desierto. Pero, cuando por fin se abría la verja de nuestra propiedad, recibíamos en pleno rostro la visión en verdad alucinante de un jardín florido; alucinante para nosotras que, al otro lado del muro, nos hallábamos aún en el triste y gris desierto. Los coches tomaban un largo paseo flanqueado por chopos, rodeaban los establos, la pequeña central eléctrica que nos proporcionaba la corriente, las casitas de los corderos (como yo las llamaba), y, tras unos instantes de trote, se detenían ante la hermosa escalinata de piedra que conducía a la casa.

Los primeros momentos de la llegada al campo me fascinaban; las flores nunca me parecían más grandes y frescas, ni los aromas más penetrantes. Hasta cuando el aire estaba inmóvil los chopos parecían murmurar de puro deleite, más que de costumbre; y el agua de los estanques nunca era tan cristalina, ni el color del cielo más azul.

A mi llegada, tenía que saludar a muchísimas criaturas, no solo animales, sino también vegetales y hasta minerales; como la mayoría de los niños, yo era animista, y generosamente atribuía un alma a las cosas y a las plantas. Para mí, lo que para otros eran objetos inanimados se llenaban de sentimientos, y debía ir corriendo a decirles hola. Conmigo no se hacían los muertos; respondían en un lenguaje sencillo, pero suficiente para quien sabía oírlo. Sin embargo, muy pocos lo comprendían, y cuando Fräulein Anna me sorprendía en conversaciones con un árbol o un banco, se indignaba y amenazaba con castigarme. «¿Por qué?», preguntaba yo entonces, sin comprender. La ceguera de los adultos hacia mi mundo me parecía de una injusticia supina. La mitad de mi universo se les escapaba, y la otra mitad se les presentaba velada en gran medida. Yo los compadecía, y su ceguera me inspiraba desprecio.

Casi todos los chopos eran mis hermanos, salvo los más jóvenes. En el caso de estos últimos, lastraba nuestra relación la limitación de su extrema juventud, edad de intolerancia y agresividad. Pero los mayores me prodigaban su amistad y su protección, y cuando mis primos y yo jugábamos, no podíamos prescindir de su ayuda. Sus hojas hacían las veces de billetes de ferrocarril; cabalgando sus ramas más gruesas disponíamos de sillas de montar; las ramitas, en cambio, se transformaban en fustas que nuestros temibles primos usaban para meternos miedo; con las más diminutas, trenzábamos coronas cada vez que alguno de nosotros era proclamado rey o reina.

Uno de los chopos más vetustos del jardín era mi abuelo, tal y como yo deseaba en secreto que fuera el que la vida real me había reservado. Me prodigaba palabras tiernas en su lenguaje silvestre, me acariciaba con el frufrú de sus hojas, y cuando le contaba historias íntimas él me

escuchaba con todo su follaje. La simpatía que percibía en él, aunque no se tradujera en gestos ni en palabras articuladas, era más fiable que la de los seres humanos.

En el viñedo, inmenso y arenoso, unas rocas enormes dejaban asomar su lomo gris entre la arena. Una de ellas era exclusivamente mía, un hecho reconocido incluso por mis primos, tan poco respetuosos con todo lo que tuviera que ver con la propiedad ajena. El sol la convertía en un radiador sobre el que me tumbaba con voluptuosidad; me imaginaba entonces en una isla perdida de Oceanía, rodeada de mar y no de arena.

En ese mismo viñedo, en los confines de la finca, vivía una vid muy añosa, y tan grande que yo podía tumbarme debajo cuan larga era y sentirme como en una especie de choza de hojas. Posaba la cabeza en lo que para mí eran los hombros de la vid y le contaba mis secretos más sonrojantes; pero ella, anciana filósofa que había visto de todo, nunca se echaba las manos a la cabeza. Más adelante, fue bajo sus ramas donde hice mis primeros pinitos como fumadora.

También visitaba a menudo un pozo abandonado que había en el viñedo. Humillado por no ser ya nada, se quejaba y suspiraba. Aunque yo no los viera, sabía que tenía unos ojillos llorosos de párpados enrojecidos. Sus costados cálidos eran punto de encuentro de lagartos, los únicos amigos que le quedaban de sus tiempos de esplendor. Yo los contaba con indulgencia y me congratulaba de su elevado número: el viejecito tenía compañía; yo podía marcharme sin remordimientos.

Así, en cada recodo, en cada camino, tenía mis favoritos: un peral aquí, una escalera allá, un boj, un rosal, un estanque. Era feliz con aquellos amigos de mi elección; a diferencia de los seres humanos, solo recibía de ellos lo

mismo que yo les daba, y lo que les daba siempre me era favorable.

<sup>1</sup> Al final de este relato incluyo un breve resumen de la historia de Azerbaiyán a principios del siglo pasado. (*Todas las notas son de la autora.*)